

Lord Byron's trunk



A solicitor's tin archive trunk, dating from late 18th/ early 19th century.

36 x 36x 64 cm. Painted over in black and marbled colouring. With the name 'Ld. Byron', painted on the lid in white. With keyhole in the lid, but no key survives.

This trunk belonged to **George Gordon Byron**, Lord Byron, 6th baron, the poet (1788-1824). It would have been a convenient receptacle for those manuscripts which he left for safe keeping with his London publisher **John Murray II** when he went abroad, in this case, probably in 1816, when he fled England to elude debts and scandals, and never to return. His legal and personal documents would have been left with his solicitor. Among other literary manuscripts it is more than likely that the contents included the manuscript of his memoirs, which he had instructed Murray to publish after his death. But Murray, with Byron's executors and friends, decided (with the exception of Thomas Moore), that they were too scandalous for publication and, notoriously, burned them in the fireplace at 50 Albermarle Street; Murray's publishing seat and home.

Provenance: John Murray II (Byron's publisher and friend), thence by descent through the House of Murray; Henry Sotheran Ltd., antiquarian booksellers of Sackville Street, Piccadilly.

Some chipping to paintwork, but quite sound. Sold as a literary relic.



Price 6,000 euros

Del libro *La casa de la vida* de Mario Praz

Mario Praz había considerado a Byron a la manera de una montaña. Luego, reconoce haberse equivocado: Byron era un volcán.

“En él hay algo tan cálido, que hace que su vida se sienta viva y casi todavía presente en los lugares donde estuvo”.

¿Por qué al ver en el Garrick Club el sofá de Byron, o en Palazzo Mocenigo una terraza donde Byron tenía su pequeño invernadero, sentía una conmoción que no experimentaba en modo alguno poniéndome los pequeños lentes azules de Manzoni en su casa de Milán o contemplando en la casa de Keats en Hampstead el anillo de compromiso regalado por el poeta a Fanny Brawne, una piedra roja como la sangre en una montura de sabor rococó, o el broche en forma de lira griega con las cuerdas hechas con los cabellos de Keats? ¿Tanto puede la magia de un nombre, y es tan difícil que muera el eco de una leyenda? ¿Acaso sonreía mientras Iris Origo me refería su estremecimiento al manejar las cartas de Byron rescatadas de una ‘espórtula en forma de cono truncado como las utilizadas por los frailes para la cuestación, pero mucho más pequeña y finamente labrada’, y cuando me hablaba de los demás objetos contenidos en una cajita propiedad del conde Carlo Gamba, los envoltorios de los cabellos de Byron (‘¡Cuántos cabellos! Cabellos por todas partes’ me decía la marquesa de Origo, y cada cosa envuelta primorosamente en papel de seda), los medallones, los pedazos de tela de habitaciones memorables, los fragmentos de ramas de laurel del parque de Newstead Abbey, las cenizas de una rosa cogida en este parque, y hasta un jirón de la piel de lord Byron que se desprendió de su cuerpo tras una extenuante travesía a nado bajo el sol estival?

Aquella carga de vida que el poeta no supo comunicar a tantos de sus versos, que nos hacen pensar, con Cecchi, en desgastadas arias de trasnochados melodramas, el hombre se la dio a las cosas que tuvieron contacto con él. En otros grandes escritores la vida cuenta bastante menos, en algunos casos se puede incluso ignorar, pero para Byron la poesía solo era uno de los aspectos, y sus recuerdos tienen un valor poético cuya sugestión es a veces más poderosa que la de muchos de sus poemas ¿O es sólo un fenómeno de indiscreta curiosidad, como la que nos hace considerar con interés las medias de la condesa de Castiglione, mientras miramos con indiferencia las reliquias de una santa monja?

Byron es una atmósfera, un clima, una disposición de ánimo, más que un verso o un determinado grupo de versos. Se exclama: ¡Byron! ante una situación, un contraste de pasiones, una salida sarcástica o irónica, como en *Werther* los enamorados, ante un particular aspecto de la naturaleza, exclamaban ¡Klopstock! Así por ejemplo Gide en su *Journal*, año 1891: ‘Hoy he tenido el *spleen*; o más bien el presentimiento, el miedo de la proximidad del *spleen*. El *spleen* está hecho sobre todo de orgullo; esto me gusta, pero se sufre terriblemente; hasta desear el sufrimiento físico, o un embrutecimiento para limar esta angustia vagabunda del alma, para desgastarla. La gran figura de Byron se me sigue apareciendo, como el verano pasado cuando tuve el *spleen* por primera vez’.

Aquí Byron es sentido como humor, como particular temple del espíritu, más que como poeta; en realidad, cuando pensamos en Byron, lo primero que aparece ante nosotros es una presencia física, un perfil [...] es una evocación instantánea, prepotente: aquel perfil fatal, aquella barbilla resentida, aquellos labios

arqueados, aquellos párpados suavemente entornados sobre la mirada orgullosa, aquellos cabellos elegantemente desordenados, y el apolíneo cuello emergiendo de la camisa abierta.

[...] De los lugares en los que vivió Byron, Newstead Abbey es el que conserva más recuerdos. [...] El dormitorio de Byron está más o menos como lo dejó al abandonar Inglaterra en 1816. El dorado de las cuatro columnas torneadas y estriadas de la cama está ofuscado por la pátina de los años, un pesado baldaquín está adornado en la parte superior, en las cuatro esquinas, por cuatro coronas, las cortinas son verdes con flecos rojos, y detrás hay un drapeado blanco. Es una cama aparatosa, no bonita, un poco hosca y algo tosco hay en todos estos recuerdos byronianos, en el yelmo de caballería con la felpilla negra llevado por Byron, en el yelmo de húsar destinado al conde Gamba, con la palabra (griego), en el techo del salón con vigas vistas sostenidas con ménsulas macizas, con flores blancas de estuco sobre el fondo verdeazulado de los recuadros, en el comedor que Byron utilizaba para practicar el tiro al blanco. [...] No es una de esas casas que emanan intimidad y gustos delicados: es más bien la casa de un hombre que vive en ella como acampado, con la despreocupación de un militar en un cuartel, o de un estudiante en un *college*. Pero precisamente por eso la atmósfera aparece todavía hormigueante de vida, no es la atmósfera definitivamente sedimentada de un museo.

CARMEN
ALONSO
LIBROS

www.carmenalonsolibros.com
info@carmenalonsolibros.com
Cisneros 17 Santander ES
+34 605636503